

Amor al sol

VÍCTOR B.

Estoy enamorado del Sol. Es un amor constante, fiel, arraigado en mi corazón desde mi más tierna infancia. No sabré explicar el porqué de este amor. ¿Cuándo un amor se puede explicar? Quizás hayan influido en esta adoración los recuerdos de mi juventud, con inviernos rigurosos, quizá por esto y por otras influencias difíciles de precisar. Soy un "heliófilo" convencido y no pretendo mejor premio al trabajo duro de toda la semana que el resguardo en un rincón del bosque con un Sol tibio y la compañía de un libro o una persona amiga con quien hablar sin palabras.

Actualmente hay mucha gente que no ama al Sol; que no dan un paso para encontrarse con él ni en otoño, ni en invierno, ni en primavera; pero -eso sí- en cuanto llega el verano, para coger el "color vacacional", se asan al sol por snobismo.

Un caso aparte son los turistas, que sí aman el Sol; que sueñan con él todo el año, sumergidos en brumas y nieves; que abusan de él y se emborrachan con él en

nuestras playas, ya que no pueden tomarlo a sorbitos en su país.

A mí me gusta siempre el Sol, por algo estoy enamorado de él, pero sólo lo tomo cuando su calor es tibio y suave como la mejilla de un niño; cuando el aire es frío y el Sol reconforta mi cuerpo como un vino añejo; en verano me gusta contemplarlo cuando nace; como un milagro cotidiano. Y siento como en mi interior se hubiera puesto en marcha un tío vivo lleno de músicas y flores ingenuas. Y también me gusta -aunque menos- el espectáculo del Sol a mediodía, estallando por doquier; haciendo reverberar el suelo, quemándolo todo, inundándolo todo..., prefiero contemplarlo desde la tupida sombra de los pinos. Sin embargo, cuando llega la primavera y el aire se hace transparente, huele a rosas y se hace traslúcido; y el Sol alumbra en cada brote tierno y un estremecimiento sensual recorre la piel en cada inspiración, en conjunto embriagador de la luz, de los aromas, de los pájaros cantando su himno a la

primavera, de las nubes redondas y blanquísimas navegando lentamente en un cielo intensamente azul, del estallido de la plantas, del hervor de la sangre golpeando las sienes, me produce un estado total de felicidad.

A veces pienso si no eran más lógicas y más racionales las civilizaciones primitivas -que adoraban al Sol con un dios cuyos beneficios tocaban todos los días- que las culturas posteriores que han inventado innumerables dioses abstractos, doctrinas esotéricas, ídolos fugaces, filosofías sofisticadas... Después de todo, sin Sol no podríamos vivir. En cambio sin tantos dioses y -sobre todo- tantos redentores quizás habríamos vivido mejor... ¿Quién sabe?

Se dice que cuando el Sol sale, sale para todos; un dicho un poco pueril ¿No les parece?

Pero con mi chifladura, no perjudico a nadie; no suscito conflictos; no promuevo aglomeraciones, no gasto divisas. Y sin hacer sombra a nadie consigo un buen pellizco de felicidad ¿Quién me lo puede reprochar?

¿Dónde fuiste, amigo?

MASCLET

Querido y estimado pueblo de les Coves de Vinromá. Hoy, para mí, es un día especial, llevo dieciocho años viviendo y sintiendo su ambiente, tanto en fiestas como sin ellas.

Siempre ocurre lo mismo, cuando llegan éstas, es increíble

cómo se llena de gente.

Todos son conocidos y amigos, con ellos compartes ilusiones y relaciones, pero al terminar los días festivos, y durante el resto del año, parece el pueblo un árbol sin pájaros, un río sin agua, una montaña sin cima, ¿por qué?,

¿por qué entonces siento la soledad de sus calles?

Toda la gente o en su mayoría regresan a sus lugares de origen sin pensar lo que han dejado atrás, sus anhelos, vivencias y sobre todo un pueblo, su estimado y querido pueblo.